

dentro de la filosofía medieval. Así el nominalismo es heredero de toda una tradición y no un puro innovador.

Otro aspecto interesante del texto es la exposición de autores tardíos de la tradición medieval: desde Nicolás de Cusa hasta Francisco de Vitoria. Un largo periodo que si bien intenta resultados nuevos, no puede sustraerse a la influencia escolástica de la cual es su colofón.

Se trata de un texto que puede servir como

guía primera para adentrarse en la investigación en fuentes de más extensión y profundidad.

Sólo falta considerar la atinada bibliografía final, que nos lleva desde los textos clásicos, pasando por la obra de Bréhier, hasta el espléndido trabajo de Maurice de Wulf; así como la recomendación de antologías de textos originales y también diccionarios sobre el tema.

Héctor Velázquez Fernández,
Universidad Panamericana

Vito Fumagalli, *Solitud carnalis. El cuerpo en la Edad Media*, trad. Javier Gómez Rea, Madrid: Nerea, 1990, 114 pp.

El último libro de la trilogía de Vito Fumagalli sobre la Edad Media (los otros dos son *Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media* y *La piedra viva. Ciudad y Naturaleza en la Edad Media*) es un interesante recorrido por los siglos medievales siguiendo las variaciones que tuvo la forma en que se consideró el cuerpo humano y las implicaciones que éste tiene (el placer, la comodidad, las tentaciones), así como la relación que existe entre dicha consideración y los cambios de las estructuras sociales (presencia de la burguesía, transformación de la vida monástica, evolución de la nobleza hacia una vida cortesana).

El título del libro "*solitud carnalis*" —la soledad de la carne— reflejaría la tristeza del hombre al ver humillada una parte de sí mismo, sin embargo esta tristeza no siempre ha existido, ha habido momentos en la historia del hombre en que esta parte de sí mismo ha sido negada y considerada como un obstáculo para fines

trascendentes. Fumagalli va trenzando a lo largo de las páginas la visión intelectual y la visión estrictamente religiosa con los cambios sociales. La transformación del estamento de la clerecía, la descomposición de la nobleza y el progresivo ascenso de la burguesía urbana tienen, según el estudioso italiano, una relación bastante directa con la actitud del hombre hacia su propio cuerpo, lo que éste representa y las consecuencias que tiene para la vida mundana y la del más allá. Los argumentos que presenta en su estudio son convincentes y, aunque se apoya mayoritariamente en referencias de las ciudades estado italianas, los ejemplos que da de la situación que prevalece en Francia, más apegada al modelo considerado tradicionalmente como clásico de feudalismo, resultan muy iluminadores y permiten proyectar sus afirmaciones a otros contextos.

Para Fumagalli la relación del hombre con su cuerpo, y por lo tanto con el sexo y el placer,

parecería tener un movimiento pendular en correspondencia, como ya hemos dicho, con el cambio social, esto es una relación entre mentalidad y estructura social. Este movimiento se traza a partir del desprecio del mundo y los "placeres de la carne" cuya gloria "es vana como la flor del heno", idea dominante en el siglo X—el siglo de hierro—caracterizado por la violencia como un hecho habitual. En este momento, cuando los hombres se dividen en laicos, clérigos y monjes y son estos últimos los únicos que pueden alcanzar la perfección, el monasterio es la máxima aspiración (y los ejemplos no pueden ser más ilustrativos (Guillermo de Normandía, Hugo de Borgoña, Matilde de Canosa) de los hombres y mujeres de esa época que dura hasta el siglo XI. Desde luego que la alta jerarquía eclesiástica estaba consciente, y por tanto en determinados casos trataba de evitarlo, que este deseo de abandono de la vida seglar representaba un serio peligro, pues en un momento en que el orden sólo podía ser mantenido por señores guerreros hábiles y poderosos, el que éstos dejaran las armas quería decir caer en el caos y en una violencia desenfrenada.

Fumagalli también señala como la voluntad de cambio del entorno, modificación de la Naturaleza agreste en campo roturado, implica en un primer momento la aceptación de la corporeidad del hombre y más adelante el privilegiar a éste por encima de la Naturaleza que le rodea.

Será hasta la reforma cluniacense que se abandone la interpretación rígidamente ascética del evangelio que señala que un laico, por muy bueno que sea no puede aspirar a la perfección. El nuevo modelo lleva a

comprender la existencia, guiada por la moral cristiana, fuera del claustro. Esto no implica la aceptación de la sexualidad, ni siquiera en sueños, el infortunio de tantos monjes son las *nocturnae illusiones*, pues durante la noche no se tiene control. Por ejemplo Casiano está obsesionado porque el sueño deja al alma sin conciencia, la polución nocturna puede no ser un pecado, pero es un indudable fracaso de ahí la necesidad de mortificar la carne, huir de la tentación, evitar ver el cuerpo desnudo o incluso el rostro de la mujer como en época posterior lo evitará Pedro de Alcántara.

Ante esta posición, llama la atención el desnudo de San Francisco de Asís, el cual habría que relacionar con un movimiento que en vez de negar la carne trata de rescatarla y santificarla y que también aparece después del siglo XI. Fumagalli sintetiza brillantemente esta posición al señalar que el hombre también puede ser santo fuera del monasterio, el sufrimiento debe ser consecuencia del apostolado y no penitencia para la perfección.

El ascenso de la burguesía comerciante italiana y el ocio del estamento nobiliar caballeresco en otros lugares genera la rebelión de la carne, la búsqueda de la belleza, el espíritu cortés, el lujo, etc. ante los cuales reaccionan tanto dominicos como franciscanos aunque con metas diferentes. En opinión de Fumagalli los primeros condenan la alegría y recuerda el caso de Fray Juan de Vicenza (1235) que excomulga las coronas de flores (rosas) de las fiestas primaverales, y los segundos se oponen al lujo en una búsqueda de la naturaleza sencilla del hombre.

Otra transformación que lleva a cabo la nascente burguesía y el nuevo modelo social es la transformación del ideal femenino

combativo (posiblemente simbolizado en forma extrema por Juana de Arco), que concibe a la mujer como fuerte salvo cuando se enamora y es vencida por la pasión, en la mujer débil y pacífica (Catalina de Siena) con el consiguiente aumento en el número de santas a partir del siglo XIII.

Fumagalli concluye su repaso de la condición del cuerpo recordando como, a partir de las grandes mortandades por la "peste negra" en la segunda mitad del siglo XIV y los conflictos sociales derivados del final que se acerca de una época y un sistema, ese momento del fin de la Edad Media se viva con una sensación de precariedad que hace que la muerte se convierta en tema casi omnipresente en la literatura y el arte; la belleza, el verdor de los prados, la comodidad y el lujo siempre están siendo observados por la muerte que tiene la sonrisa sarcástica de quien se sabe

triumfador al final.

Este interesante trabajo de Fumagalli se complementa con una bibliografía comentada inteligentemente en la cual se privilegia la posible utilidad más que la erudición o fuentes.

Tal vez la única limitación que se podría señalar al libro de Fumagalli es la ausencia de ese mundo marginal para el que el cuerpo fue una presencia sensual y real. Faltan los clérigos tabernarios, los goliardos estudiantes que cantan al vino, el amor y la fortuna en latín, faltan los clérigos y sus barraganas del Arcipreste de Hita, y también los delirios amorosos de Tristán e Iseo aunque fueran debidos a un filtro.

En resumen se trata de una inteligente síntesis de la consideración que ha tenido cuerpo y la relación de éste con los cambios que se dan en una sociedad particularmente compleja y contradictoria como es la medieval.



Aurelio González,
El Colegio de México